

conviene continuamente una labor de poda, para que tenga lugar eso que se llama depuración y selección.

—Entonces, ¿por qué los médicos, con fines que llaman pomposamente humanitarios, os combaten a sangre y fuego?

—Porque los médicos miran por el bien de sus semejantes, antes que por el bien de la selección. De eso ya nos cuidamos nosotros, y por eso tenemos fama de desalmados y malos... ¡patógenos! nos llaman. Nosotros cumplimos una finalidad suprema de selección.

Me dejó pensativo mi locuaz y profundo acompañante. ¿Tendría razón?

Cuando levanté la cabeza, vi al General rodeado de muchos oficiales charlando sigilosamente. Al cabo de un buen rato, se me acercó, y me dijo:

—Me siento aventurero, y deseo probar nueva fortuna. ¿Quieres acompañarme a otras conquistas?

—Al instante.

Como de costumbre, nos sentimos transportados por el aire, a la deriva, como la otra vez. Siempre acompañado del microbio de mi intervú, sentí tropezar en una superficie dura.

—Es un diente, me dijo.

Descendimos a duras penas, juntamente con varias miriadas de los soldados que seleccionara el General para su empresa, e iniciamos veloz carrera hacia parajes apropiados. Pero eso de veloz fué al principio, porque pronto encontramos grandes dificultades, que de tan raras no podría describir. Se morían a millares por el campo. Incluso el General, me pareció un poco extraño. Me decidí a preguntarle.

—¿Qué ocurre?

—Que hay que tocar a retirada rápidamente si no queremos quedarnos todos aquí sepultados.

En aquel momento vi avanzar hacia nosotros un imponente leucocito, en cuya panza transparente había varios compañeros nuestros que hacían los últimos estremecimientos de la muerte.

—Esos son los que segregan esos líquidos corrosivos que nos aniquilan, me dijo con voz cavernosa, que delataba su estado casi moribundo. Este sujeto —continuó— tiene unas defensas poderosísimas contra nosotros. O es que ha nacido así, o bien que le han inoculado ese demonio de las Vacunas Mixtas y le han dado ese poder. Además el muy granuja lleva en la boca alguna de esas pastillas llamadas antisépticos, que nos matan a ultranza, dijo con voz que parecía un hilillo.

Mi querido microbio expiró.

Como pude me encaramé encima la lengua, para ver si con la saliva, o un golpe de tos o un estornudo me echaba fuera. Me salvó lo primero, aún cuando a mí no me hubiese malhadado como a mis compañeros el estado de resistencia del individuo.

Así, caí al suelo, donde procuré transformarme en mi verdadera especie, para correr a escribir lo que había visto.

